

la restauracion científica, que á gritos están pidiendo las necesidades todas de nuestra España.

No me nieguen su auxilio los hombres sábios y de buena voluntad; no me nieguen sus consejos, sus advertencias, si es menester, sus censuras. Sincero amante de la verdad y del bien, necesito, sin embargo, quien me aliente á defender, como me es posible, tan santas cosas; que si el tiempo y el valor me ayudan, en pos del presente ensayo me arriesgaré, Dios mediante, á empresas análogas de mayor cuantía.

Madrid 14 de Febrero de 1866.

GAVINO TEJADO.

PROLEGÓMENOS

AL ESTUDIO

DE LA FILOSOFÍA.

I.

Introduccion.

«¿Cuál es en sustancia, y rigurosamente hablando, la cuestion »fundamental que embarga hoy los ánimos? Pues no es otra sino la »entablada entre los que admiten y los que no admiten un orden sobrenatural, cierto y supremo, por más que sea impenetrable para »la humana razon. Si hemos de llamar con sus propios nombres las »cosas, esta y no otra es la cuestion que hoy se debate bajos las banderas respectivas del *supernaturalismo* y del *racionalismo*. Militan en »la una los incrédulos, los panteistas, los escépticos y los racionalistas puros; en la otra los cristianos. De entre todos aquellos, ni »aun los más moderados dejan subsistente en el mundo otra cosa »más que *la estatua de Dios*, su imágen, su sombra; los segundos »creen en un Dios vivo».

Así se expresaba el protestante y docto repúblico Sr. Guizot (1).

¡ Jóvenes animosos! Tal es el problema fundamental de la ciencia, el palenque filosófico, el campo de batalla en que la ciencia, la Religion y el eminente Catolicismo de nuestra patria nos fuerzan á combatir. Para persuadiros de ello, permitidme bosquejaros los resultados de esta filosofia que, á partir de Descartes, lleva el nombre de *filosofía moderna*.

Desde que Descartes, en efecto, interrumpió la tradicion científica, y menospreció, ó afectó menospreciar la historia por hacer gala

(1) *Meditations et Études Morales*. Pref., p. II, 3.^a edicion.

de inventor, la ciencia quedó necesitada de punto firme en que apoyarse. Nuevo Arquímedes, échase Descartes en busca de este punto, y despues de poner en duda todo, siente la necesidad de eximir de esta general proscricion la existencia del pensamiento y la veracidad de la conciencia. *Yo pienso, dice; luego soy*: esto es lo que Descartes sabe más cierto é inconcuso: de esto hace piedra angular de toda su filosofía, y cimienta sobre el cual presume de erigir el edificio entero del saber.

La filosofía moderna, heredera de este procedimiento de Descartes, dióse á sacar las conclusiones que lógicamente se contenían dentro de él, y en cuyo vestíbulo se había detenido Descartes, más bien por virtud moral que por fuerza de lógica. Desde entonces el cartesianismo ha llegado á ser un tronco de dos ramas: de una han brotado el *sensualismo* y el *materialismo*; de otra, el *idealismo* y el *escepticismo*. Habiendo efectivamente abrazado Descartes, bajo el nombre comun de *pensamiento*, no solamente los actos de la inteligencia, sino tambien los de los sentidos (1), lógica y naturalmente los filósofos posteriores trataron, ora de reducir el entendimiento á los sentidos, ora de trasformar los sentidos en entendimiento. La primera tentativa produjo el sensualismo y el materialismo; la segunda, el idealismo y el escepticismo. Locke, en Inglaterra, prosiguiendo el método de analizar el pensamiento, fué en rigor discípulo de Descartes, más bien que de Bacon y de Hobbes: Condillac en Francia sacó las últimas conclusiones del sistema de Locke, y erigió el sensualismo, de cuyo seno se engendró luego como último corolario el materialismo de Tracy, de Elvecio y de Cabanis. Hé aquí cómo la filosofía oficial del siglo XVIII, heredando de Descartes la direccion, los principios y el método, llegó á ser exclusivamente sensualista.

Pero el sensualismo, parte por lo absurdo de sus conclusiones, parte por la evidente insubsistencia de sus principios, había puesto demasiado al desnudo su impotencia. Pensóse por tanto en retroceder; solo que, como ordinariamente sucede, que al huir de un vicio suélese dar en el contrario, echóse por el opuesto camino para remediar el daño causado por el sensualismo; y viendo que éste había nacido de identificar el entendimiento con los sentidos, tomaron los filósofos posteriores el extremo contrario, y redujeron los sentidos al entendimiento. Así tuvieron origen el idealismo y el escepticismo.

Pero tampoco estos sistemas á la larga podían prevalecer, porque

(1) *Les principes de phil.*, part. I, p. 9, *Ceuv.*, t. 1, p. 231, ed. Garnier.

repugnan con demasiada evidencia al sentido comun del género humano, que invenciblemente cree en la existencia de los cuerpos. Inevitable fué, por tanto, una reaccion científica contra estos errores, y efectivamente intentóse en Inglaterra, ó mejor dicho, en Edimburgo, siendo Tomás Reid el más ilustre capitán de aquella empresa. A nombre del comun instinto y con la autoridad de todo el género humano, que cree en la realidad objetiva de las más importantes verdades, quiso Reid combatir el idealismo de Berkeley y el escepticismo de Hume; pero su crítica fué débil para poner dique al torrente devastador, y no pudo por lo mismo impedir que aquellos errores se trasplantasen en Alemania; donde efectivamente, en la segunda mitad del siglo pasado, inauguró Manuel Kant una nueva era de idealismo y de escepticismo, tanto más difíciles de extirpar, cuanto sus raíces son más profundas. Siguiendo Teófilo Fichte, Federico Schelling y Jorge Hegel las huellas de Kant, erigen escuelas fuertes y compactas, que extendiendo los principios filosóficos á la historia, á la crítica, al arte, á la Religion y al Estado, envuelven más y más á los ánimos en la red tejida por el filósofo de Königsberg. Últimas conclusiones de esta filosofía alemana fueron el escepticismo y el nihilismo. «Yo, razon (dice Fichte), no puedo ni aún conocerme á mí propia, pues no soy sino un sueño en el sueño mismo soñado (1)». — «Efectivamente (añade Enrique Heine, prosista y poeta ilustre, primero católico, despues hegeliano, y al cabo ni lo uno ni lo otro), efectivamente; todos nosotros nos desvanecemos; hombres y dioses, todos nos sumimos en la nada; todo se pierde en la sombra». — ¡Maravillosa contradiccion! La filosofía moderna que, so pretexto de vindicar los derechos de la razon humana, comienza con lo que llama ella secularizarse, es decir, rechazar la enseñanza de la Iglesia católica, acaba proclamando como sueño y quimera la propia razon cuyos derechos dice vindicar.

Pero ¿qué camino para evitar estos desvaríos de la filosofía moderna? ¿abandonar por ventura el estudio de toda filosofía? ¿Y qué haríamos con esto sino lo que aquellos amantes de Penélope, que desdeñados por la reina, se avenían á casarse con sus esclavas? La filosofía es la ciencia madre, á quien todas las demás deben principi-

(1) Lo mismo esta absurda fraseología de Fichte, que todas las demás propias de la bárbara gerga del filosofismo germánico, las enunciaremos siempre con toda su literal crudeza, para que se vea hasta qué punto estos delirios son ultraje del sentido comun y de todas las lenguas humanas, pero especialmente de la nuestra española. (Nota del traductor.)

pios, método y materia; dejar, por tanto, el estudio de la filosofía para dedicarse únicamente al de las ciencias secundarias, equivale á levantar edificio sin cimientos. Pues bien; en la historia de la filosofía existe una escuela célebre, que ha compendiado y reducido á sistema los verdaderos derechos de la humana razón, y que nos ha trazado camino seguro para la especulación filosófica. Esa escuela es la de los Escolásticos, la de los pensadores de la Edad Media, cuyo más ilustre representante es el gran Santo Tomás de Aquino. Proclamar esto en tiempos no remotos, habría sido exponerse á la mofa universal; pero dichosamente nuestro siglo, al par de otras preocupaciones, ha dejado á los ignorantes la de despreciar la filosofía escolástica. Toda la atmósfera filosófica de nuestros tiempos anuncia un próximo regreso á esta filosofía, y nadie sino los ignorantes dejan de respirar esa atmósfera.

Pobre, pero celoso obrero, también yo quiero llevar mi piedra á la reconstrucción de este edificio, sacando de en medio de las ruinas lo que con ellas no ha perecido ni podía perecer. Este curso elemental que emprendo irá, pues, siempre informado de los sólidos y vastos principios filosóficos de Santo Tomás de Aquino, con lo cual será juntamente regreso á lo pasado, y tentativa de restauración para lo porvenir.

II.

Definición de la filosofía y sus caracteres.

En toda investigación científica hay que determinar previamente dos cosas, á saber: el fin á que se tiende, y el camino adecuado; ó para decirlo más claramente, el objeto y el método. Con estas dos adquisiciones, la mente del especulador puede ya proceder en su tarea más seguro y sin temor de extraviarse, como quiera que sabrá el término á que aspira y el camino que á él le conduce. Conforme, pues, á esta ley tan sencilla como clara, debería el estudio de la filosofía comenzarse por fijar aquellas dos cosas; pero, por una parte, la cuestión del método filosófico presupone constituidas ya muchas nociones científicas, y así no es posible tratarla antes de tiempo sin exponerse á no resolverla; por otra parte, como quiera que la cuestión de método pertenece al procedimiento científico, no al objeto que fija los límites en que debe encerrarse la investigación filosófica, puede muy bien quedar para examinada en aquel punto donde, conocido ya

el objeto de la filosofía, se trata de investigar el procedimiento científico más adecuado al fin propuesto. No así sucede con el objeto de la filosofía, pues sin determinarlo previamente en su integridad, la especulación científica tiene que vagar con incierto paso, ignorando hasta el asunto mismo de su investigación. Por otra parte, bien que la definición de la filosofía contenga en germen toda esta ciencia, sin embargo, la dificultad de hacerla comprender á quien esté ajeno de toda noción filosófica, no es tan grande que no pueda ser vencida ó superada. Allí donde el arte falta, la naturaleza ha provisto, ora haciendo óbvia la percepción de ciertas ideas, ora vulgarizando su conocimiento. Habiendo, pues, de determinar el significado científico de la palabra *filosofía*, determinando su objeto propio, ¿en dónde colocaremos este objeto? ó lo que es igual: ¿qué es filosofía? ¿cuál es el objeto de esta ciencia?

Filosofía es una palabra inventada por el fundador de la escuela itálica. Refiere Cicerón que, preguntado Pitágoras por Leonte, rey de los Fliacos, sobre cuál arte ó ciencia profesase, respondióle que él no sabía arte alguno, sino que era filósofo (1). Desde entonces ya los hombres dedicados á investigar las más importantes verdades, no se llamaron, como antes se llamaban, *sábios* (*sofos* en griego), sino *filósofos*, es decir, amantes é investigadores de la sabiduría (2). Nobilísimo y sublime fué el dicho de Pitágoras; pues ¿quién, en efecto, es el hombre que pueda llamarse sabio, con tanta tiniebla como circunda al humano entendimiento; con tanto como el hombre ignora siempre, aun después de haber consumido su vida meditando; con tanto prolijo esfuerzo; con tanta frustrada tentativa; con tanto error, en fin, como encubre aquella brevísima porción de verdad que á descubrir llegamos? Solo á Dios, pues, cumple el dictado de *sofo*; contétese con el de *filósofo* el hombre, y loores sean dados á Pitágoras, que asentó la sólida base de la investigación de la verdad en la humildad filosófica.

Pero si bien estos nuevos nombres de filosofía y de filósofos dieron á la ciencia y á sus adeptos mejor dirección, no por eso determinaron la materia de sus investigaciones, con lo cual respecto de este punto quedó siendo vago é indeciso el significado de aquellas palabras, sin

(1) *Tuscul. Dispp.*, lib. v, cap. III; *Opp. phil.*, ed. Ernesti, Rotterodami, 1804. Cf. CLEM. ALEX. Strom., lib. I, c. XIV, y lib. IV, c. IV, ed. Potter, Oxonii, 1715.

(2) «*Quid est philosophia? amor sapientiæ*».—SANCT. AUGUSTINUS, *Cont. Acad.*, lib. II, cap. II, n. 6.

que para suplir este defecto sirviera de nada sustituir el nombre de *filosofía* con el de *metafísica* (I), pues lejos de significarse por esta palabra materia alguna determinada, no se expresó otra cosa sino tanto como — «doctrina posterior á la física». — Por aquí se ve que ninguna de esas dos palabras *filosofía* ni *metafísica* fueron al principio tomadas como significativas de determinada materia, y por consiguiente que el arbitrio de cada cual las aplicaba á significar ciencias diversas. Pero ahora ni es posible recusar esos vocablos de uso tan comun y tan solemnes, ni puede ningun hombre sensato querer que prosigan circulando libres y sin ley alguna, á manera de peregrinos vagabundos. Movidos nosotros de estas razones, procuraremos fijar bien el objeto determinado de la *filosofía* ó *metafísica*, como quiera llamársela.

El proceso de la humana inteligencia, lo propio en el individuo que en todo el género humano, es de dos maneras: espontáneo y reflejo. Por medio del primero conocemos sin saber el modo ni la razon de nuestro conocimiento; por medio del segundo, no sólo conocemos, sino que también sabemos el por qué de nuestro conocer. Ello es un hecho que cada cual de nosotros, dotado de una inteligencia activa de suyo, y aún á despecho de sí mismo, recibe sin buscarlo un número de ideas, y juzga y raciocina, y se forma creencias y principios; todo ello, repito, sin darse cuenta y sin propósito alguno deliberado. Este proceso espontáneo de la inteligencia realizase en cada cual de nosotros, no ya solo antes de que pongamos, sino sin poner cosa alguna de nuestra parte: nuestras mismas necesidades nos van dando cada vez mayor energía, y de aquí se produce una serie de ideas que van determinando nuestra conducta, aún á despecho de nosotros. Pero así como en la mayor parte de los hombres la inteligencia no se explaya sino de este modo sordo y espontáneo, así también en otros privilegiados por la naturaleza y asíduos para el trabajo, se realiza otra manera de expansion más libre y elevada, que es el movimiento reflejo. De hecho las facultades del hombre no son potencias independientes sobre las cuales no pueda ejercer do-

(I) Á los libros que Aristóteles llamó *Filosofía Prima*, y de los cuales habla en dos pasajes (*Phys.*, lib. I, c. IX; lib. II, c. II), comenzóse ya en el primer siglo de la era cristiana á llamarles *Metafísica* (PLUTARCO, *Vita Alex.*, c. VII). Es muy probable que esta denominacion se deba á Andrónico de Rodas (PORFIRIO, *Vita Plotini*, c. XXIV), el cual llamó efectivamente *Metafísica* á los libros que colocó despues de la Física. (Consúltese á ALESS. DR. AFROD., *Comm. in metaph.*, p. 127, ed. BONITZ, Berlin, 1847.)

minio alguno, ni está por cierto condenado á dejarlas caminar á donde quieran y como quieran; no: por el contrario, puede dominarlas y servirse de ellas, á la manera que un hábil mecánico se apodera y sirve del agua, del fuego y de otras fuerzas materiales. Este dominio que el hombre puede ejercer sobre sus facultades en comun puede igualmente ejercerlo en particular sobre su inteligencia, ora afirmando sus pasos mal seguros, ora enderezándola á la investigacion de aquellas verdades que más le importan, ó cuyo conocimiento mayormente le estimula. Cuando esto se verifica, suceden dos cosas: la primera es que todas las fuerzas de la inteligencia, en vez de derramarse por distintas direcciones, se concentran en un solo punto; la segunda, que la inteligencia, ya concentrada en este punto, se fija largo tiempo en él. Aquella concentracion, junto con esta fijacion, constituyen un estado de verdadera atencion ó reflexion que la inteligencia ejerce sobre sí misma y sobre sus actos cognoscitivos.

¿Pero cuál es el motivo porque la inteligencia refleja así sobre sí misma y sobre sus mismos conocimientos previos? Pues no es otro sino el de ilustrarse, desplegarse, hallar *la razon* con que pueda responder á las preguntas que se dirige á sí propia. Pero no por haber hallado una razon primera se paraliza la tendencia natural de la mente; pues esta razon primera puede necesitar ser á su vez ilustrada por otra razon superior; la inteligencia entonces entrará en un segundo grado de reflexion, y tan luego como halle esta *razon segunda*, buscará otra, y despues otra y otra, hasta llegar á una que sea última, suficiente á explicar todas las razones secundarias, y que no haya menester ser ilustrada por ninguna otra superior. Llegada que sea la mente á esta altura, dáse por satisfecha, como quiera que no tiene por qué preguntar ya la razon de lo que por sí mismo es claro y evidente. Pongamos un ejemplo.

Trátase de conocer la razon última por qué la calumnia es reprobable. Pues ésto, decimos primeramente, porque daña en su honra al hombre, y todo daño causado sin razon al hombre es injusto: *primera razon*. Todo daño causado al hombre es reprobable, porque el hombre merece respeto: *segunda razon*. El hombre merece respeto, porque es un sér racional y libre, y el sér racional y libre tiene derecho de encaminarse á su fin propio: *tercera razon*. Todo derecho debe ser respetado, porque es facultad moral amparada por ley de naturaleza: *cuarta razon*. La ley de naturaleza impone una obligacion absoluta, y por consiguiente inviolable: *quinta razon*. La ley de la naturaleza impone obligacion absoluta por ser ella misma una imposi-